

CRISIS DE ACUMULACION Y ESLABONAMIENTOS SOCIALES: UNA REFLEXION HISTORICA

Christine Hünefeldt
Nelson Altamirano

Lo que intentamos diseñar en este artículo es un grueso balance útil para entender los problemas actuales, a partir de un acento de reflexión sobre el siglo 19, momento crucial en el que el Perú pierde la oportunidad de empalmar su ritmo de crecimiento a nivel internacional. Esta reflexión no deja de tener elementos subjetivos. Paralelamente a los datos de la historia, emergen formas de interpretar estos datos; asimismo, detrás de los hechos históricos hay agentes, el proceso histórico no es impersonal. Existen "culpables", así como existen agentes con visión y agentes retrógrados. Lo que se hizo bien o se hizo mal puede ser interpretado de acuerdo a la visión del observador, y a los agentes se les juzga desde una perspectiva moderna, aun si se hace el esfuerzo de entender sus razones, actitudes y decisiones. La ventaja que tenemos los de hoy y que encaramos las "lecciones de la historia" es que podemos observar procesos acabados, los resultados acumulados de estas actitudes y decisiones. Es la ventaja absoluta de una perspectiva de largo plazo.

Las facetas más saltantes de nuestra historia económica son: la orientación hacia las exportaciones, y su concomitante, la incapacidad y/o la imposibilidad de generar un desarrollo basado en la articulación del espacio interno con el fin de reproducir un patrón de crecimiento cada vez más independiente de exportaciones y exportadores. El meollo de la cuestión reside en una crisis estructural de acumulación. Así, en el largo plazo se vieron frustradas las expectativas de mejoras en el nivel de vida, conduciendo a su vez a la necesidad

de sistemas autoritarios y/o al endeudamiento galopante para financiar medios de represión o acelerar el gasto fiscal en el ámbito social con beneficios —ciertamente de muy corto plazo— para las capas populares.

Si se enfocan las diversas interpretaciones históricas sobre el Perú, se percibe, por un lado, que la historia es un alegato permanente para explicar por qué se desaprovecharon oportunidades, y por otro lado, estamos ante explicaciones referidas a la perdurabilidad y la racionalidad propia de los cambios ocurridos en los Andes. Detrás de lo primero está la vieja cuestión teórica acerca del crecimiento vía exportaciones, el carácter de los eslabonamientos generados, y las cualidades e incapacidades de la burguesía nacional (Bonilla, 1974; Hunt, 1984). Detrás de lo segundo está la voluntad de recrear un proceso histórico que no es el de las exportaciones, y cuyo núcleo de reflexión está ubicado en torno a la "cuestión andina" (Flores Galindo, 1987). Si se quiere se trata de las posibilidades externas del Perú por un lado, y de las magnitudes internas por el otro.

Encontramos que existe un desencuentro fundamental entre ambas opciones, en cuanto no se rigen, no se pueden regir por la misma medida. Lo externo es lo fundamentalmente económico; lo interno, en cambio, es el ámbito de las ideologías encontradas, en busca de raíces, de identidad. Pocas veces se hace explícito un análisis interno en términos económicos desligado de las exportaciones. Tal vez sintomáticamente resulta siempre ser la "explicación en última instancia".

Mientras que la preocupación por el crecimiento representa algo constante en la cabeza de quienes encaran el problema del desarrollo, y que se aúna a las corrientes de reflexión y a metodologías generadas fuera del país, la preocupación por la identidad aparece como un elemento cíclico del discurso histórico cada vez que se anuncia o se produce una crisis general de la sociedad.

Si bien ambas facetas no permiten comparaciones en cuanto se enfrentan a medidas distintas, creemos que sí son dos caras de la misma medalla. Después de todo, crisis y expansión se originan en y desde el ámbito económico, y marcan tal vez, no las pautas generales, pero sí moldean las formas en que crisis y expansión son sufridas y percibidas por los diferentes grupos sociales. Dicho de otra manera, las repeticiones generan costras que forman el subconsciente colectivo para acciones o inercias futuras.

Una constatación general sobre el comportamiento de la economía peruana, son los sobresaltos: épocas de fervoroso crecimiento, seguidos infaliblemente de épocas de caída estrepitosa del PBI. Ambas fases son largas, y a partir de la independencia pueden ser resumidas así: época de estancamiento 1825-1840, seguida por el auge guanero, el aumento de las exportaciones de algodón y azúcar hasta aproximadamente 1865.* Una lenta recuperación basada en la diversificación de exportaciones se avisa hasta 1910. Luego el nuevo culpable del no crecimiento son las inversiones norteamericanas. Cerro de Pasco y la exportación del cobre están en sus manos. Si bien se registra una alta tasa de retorno en el sector minero, en los otros sectores también crece la participación de la presencia foránea, sobre todo en la producción textil, por lo menos hasta la década del 50 del presente siglo. Desde los años 20 el azúcar retoma su auge, y se convierte en el sustento de la dominación oligárquica, hasta su debacle durante el golpe militar de Velasco. Harina de pescado, minería y petróleo aparecen luego como los posibles salvadores de la balanza comercial.

Estos grandes ciclos de debacle y apogeo no impiden pensar en espacios cronológicos de crisis más pequeñas dentro de cada uno de los ciclos enunciados. Sólo después de mucho tiempo podemos saber cuáles son las magnitudes reales de una crisis.

Si se contrasta este patrón de crecimiento peruano, con aquel registrado para los países de Europa occidental, se percibe que en algunos periodos la economía peruana creció a índices mayores. No es, un problema de crecer, el problema es *cómo* se crece.

En Europa el crecimiento fue lento pero persistente, y cuando se interrumpe (es, sobre todo, el caso de las dos guerras mundiales) la destrucción significa una aceleración del proceso de modernización, una fuerte inyección de capitales, y un rápido resarcimiento en áreas de una infraestructura y una mentalidad industrial que no se acaban con la guerra.

En el Perú en algunos casos la explicación de la finalización del auge tuvo que ver con el agotamiento o la exterminación (es el caso de la anchoveta)

* Caída del producto, crisis financiera y la Guerra del Pacífico emergen como las consecuencias del *boom* guanero, y conducen a una nueva fase de estancamiento hasta 1895.

del recurso natural, en otros "el culpable" fueron los precios del mercado internacional, o más directamente el imperialismo. Uno se pregunta si estas explicaciones no eran previsibles desde la óptica de los productores contemporáneos, sobre todo, porque también para ellos las experiencias previas podrían haber servido de advertencia. Más aún, si consideramos que muchos de los agentes económicos más importantes del país basaron sus fortunas en rubros de exportación, y que muchos perdieron con los cambios. ¿Es que no tenían visión para defender sus propias fuentes de acumulación? ¿No fue necesario o posible defender estos intereses?

Existen un sin número de enunciados que nos demuestran cómo no se puede crecer a partir de una ruta exportadora, sobre todo, cuando ésta es transitada por materias primas. Tal vez la sistematización más coherente es aquella formulada por la escuela dependientista. No queremos pormenorizar la trampa que encierra el "modelo exportador", pero es bueno no olvidar que el carácter de las exportaciones y el tipo de productos determinan otras esferas de la vida económica. Nuestro acento estará sobre algunos aspectos de la participación interna (ya sea dando asidero y reproduciendo los efectos, o resistiendo). Empero, también quisiéramos diseñar algunas ideas en torno a la autonomía interna, es decir, aquellos elementos que juzgamos representan un proceso de desarrollo al margen de las exportaciones. En otras palabras, ¿cuál es la propuesta legible en sus acciones? Se perfilan, entonces, una suerte de tres ámbitos históricos básicos: exportaciones, efectos indirectos de las exportaciones, desarrollo autónomo. Ello implica asumir que existe una doble causalidad del devenir histórico: una dinámica externa-moderna, una dinámica interna y, lo que es crucial, su interrelación.

En términos analíticos las explicaciones pueden plantearse en torno a tres factores: las características del ordenamiento interno de la economía —donde se ubica lo que ha sido denominado la "herencia colonial"—, los intereses de los distintos grupos sociales y el rol del estado.

LA HERENCIA COLONIAL Y SU SECUELA: LA CRISIS ANUNCIADA

Como parte de la herencia colonial, el Perú se vio étnicamente, social, ocupacional y espacialmente segmentado. Por un lado, las ciudades con población mestiza, blanca y negra; por el otro lado, el campo poblado por indígenas. Esta segregación aún no está superada, y es el origen de la percepción en torno a la existencia de una sociedad con dos caras. Una parte del país enfrasca-

do en relaciones llamadas feudales o semif feudales, la otra parte con la cara al mundo, al mercado internacional, y a la moda y las ideas europeas o norteamericanas. Ambas caras corresponderían respectivamente al espacio andino y costeño. Si bien ésta afirmación es fundamentalmente cierta, vale la pena rescatar situaciones que demuestran que este no era el derrotero "natural" del proceso histórico, a partir del cual se imputa una inercia congénita al espacio andino.

Durante la Colonia el espacio productor más importante estuvo ubicado, en la región andina, en aquel entonces el Alto Perú, hoy Bolivia. En torno a este eje de producción argentífera giraba el suministro de mano de obra e insumos que provenían de zonas tan alejadas como Quito, Tucumán y Paraguay. Con Potosí se conformó una vasta red de suministro y una dinámica importante del mercado interno, que condujo durante la fase de auge, a la mercantilización de las relaciones rurales (la encomienda), y a una especialización regional del trabajo (Assadourian, 1982). Ninguno de los productos de exportación que surgirían más adelante generó al parecer tanta dinámica económica como la plata del Cerro Rico. Una diferencia importante frente a los otros productos de exportación fue la ubicación espacial, la masiva incorporación de fuerza de trabajo indígena, el consumo de trabajadores y mineros en la villa potosina, y la presencia del estado en la acuñación y la remisión de impuestos de amonedación (el quinto real) a España. En su época —alrededor de 1600— Potosí fue una de las ciudades más grandes del planeta, y el volumen del mercado interno era casi tan importante como el volumen de las exportaciones. El asalariamiento de trabajadores y mitayos multiplicó los efectos hacia las áreas rurales más remotas.

Más adelante la dinámica del mercado interno fue asumida por haciendas y obrajes, es decir, la producción agrícola y manufacturera, que perduró, si bien en dimensiones más modestas, más allá del auge minero. Está visto que la población indígena desde parcialidades y comunidades participó de estas transacciones con éxito, y muchas veces en competencia con hacendados y obrajeros (Larson, 1988). Estos enunciados por sí solos muestran que el arcaísmo atribuido a las poblaciones andinas, no tiene un asidero histórico, y por tanto, no es la razón del aislamiento espacial y económico que con tanta facilidad se les suele atribuir.

Si la costa posteriormente tomó el timón, ello se debió a dos dimensiones importantes: el vuelco hacia las exportaciones "tropicales", (exceptuando el caucho y el café y las lanas de origen andino); y, las dificultades de encarar

la situación de un mundo campesino-indígena, siempre dispuesto a revueltas, a responder a incitaciones. Concomitante a esto último hubiera sido necesario pensar en formas de incorporación en el poder político de los agentes del poder local y regional.

Las exportaciones pusieron a los detentores del poder nacional en la cómoda posición de poder ignorar lo que sucedía en estos espacios más remotos. Ello, sin embargo, no significa que aquí no se desarrollara una vida económica, si bien con puntos de contacto sumamente débiles con la esfera nacional.

En buena parte de la vida republicana las capas subordinadas, pobres, iletradas y sin propiedades estuvieron excluidas de la gestión política, mientras que otros aprendieron a vivir a expensas del estado. A pesar de ello, el estado tuvo facetas humanitarias, paternalistas, que de vez en cuando se plasmaron en advertencias y sugerencias de comportamiento. No fueron pocos, los que denunciaron las desgracias de indios, coolies y negros (tal vez las mujeres, los niños y los jubilados de hoy). Empero quejas y denuncias ante los fueros a lo largo de muchos siglos indican que las buenas intenciones fueron más débiles que los intereses y las prácticas vigentes. En la base de estas actitudes está el temor de las clases altas y medias a la avalancha desde los suburbios, las barriadas, los pueblos jóvenes, y posiblemente también algún sentimiento religioso. El origen de estos temores es de larga data.¹

La superposición de un fraccionamiento étnico y de clase es un rasgo típico de sociedades precapitalistas, y desde una vasta bibliografía —típica de la sociología peruana de la década del 60— sabemos que el deslinde entre lo blanco y lo rico, y lo negro y lo pobre es bien tenue. El proceso de conversión de indios, negros y chinos a peruanos reviste características particulares como consecuencia de la segregación étnico-racial. Disimular o pretender que esta dimensión está superada es no encarar la realidad. Una buena parte de las formas en que se maneja económicamente el país, y de los resultados de políticas económicas se pueden explicar a partir de aquí. La síntesis tal vez esté en la for-

1. En el Real Felipe el virrey mantenía un vigía permanente del mar, para avizorar la llegada de un jefe tribal en alguna embarcación de los mercaderes de esclavos, a fin de evitar que un jefe étnico pudiera sublevar a los esclavos de Lima. Era un temor ante la presencia de un 50% de población negra en Lima. De este temor participaron también quienes invocaron a partir de 1879 la presencia del ejército chileno para impedir que chinos y negros arrasaran con haciendas y hacendados.

ma en que los agentes económicos interactúan, cuyo rasgo más saltante a su vez, es el clientelismo.

Otra de las dimensiones de la herencia colonial es el carácter de la inserción en la economía mundial, esta vez no como productores, sino como receptores de mercancías. La brecha lograda por Inglaterra nunca fue superada, aún si hacia fines del periodo colonial esta brecha era pequeña (Kádár, 1980; Maddison, 1986). Las mismas luchas por la independencia, momento de cristalización de los conflictos coloniales, y sus efectos de más largo plazo (caudillismo, intranquilidad política, destrucción de infraestructura) fueron elementos decisivos que explican la creciente brecha. Eran las manufacturas baratas frente a la producción en los obreros de origen colonial. Era la política proteccionista frente a la ideología del comercio libre —convenientemente promovida y difundida por los ingleses, y asumida con retardo histórico por países como el Perú, cuando lo que en realidad se necesitaba era una política proteccionista y un estado fuerte.

Así murió el artesanado de origen negro en Lima, así cayeron los obreros andinos. Y, con ellos la posibilidad de un crecimiento interno en base a una experiencia social y tecnológica acumulada. Se sucumbió ante la competencia más eficiente, a pesar de las voces en contra, que exigían otro tipo de política y de opciones. Si no fue posible hegemonizar estas exigencias, ello tuvo que ver con la estructura de las clases sociales (es el caso de los artesanos Gootenberg, 1982), y la incursión de los agentes económicos en varias actividades (es el carácter multifacético tantas veces enunciado de las burguesías latinoamericanas) (Florescano, 1985). Ello hace innecesario optar con fuerza, y resulta en escalas de eficiencia heterogéneas tanto en función de cada uno de los grupos sociales, como al interior de sus filas en el transcurso del tiempo.

Entre todas las actividades posibles primó por sus altas ganancias el comercio, a través de las cuales se dieron una parte de los débiles lazos de articulación espacial. Dicho de otra manera, era más rentable reproducir la lógica del capital mercantil, y no perder dinero arriesgando inversiones industriales.² Es

2. Ello es cierto para el gremio de comerciantes aglutinados en el Consulado de Lima durante la época colonial, y también para los comerciantes republicanos —que ocasionalmente eran los mismos que los anteriores— ligados inicialmente a la exportación del guano, y luego a las casas comerciales extranjeras.

difícil encontrar en el espacio peruano indicadores para aquello que para Europa ha sido descrito como el proceso de protoindustrialización (Kriedte, Medick, Schlumbohm, 1986) en el que el capital mercantil jugó un papel crucial. Y, ello tiene que ver fundamentalmente con el hecho de que los comerciantes locales fueron receptivos, no organizaron detrás de sus ganancias a la producción. Lo acumulado no fue una acumulación-inversión, sino una acumulación que desemboca en la circulación.

ESTADO Y CLASES SOCIALES

La gestión económica del Perú ha estado caracterizada por tres comportamientos: la indiferencia, la incapacidad, la voluntad de... Y, ello se refiere a los grupos sociales y al estado, es decir, a las dimensiones políticas del crecimiento. Las ganancias se obtenían ya sea organizándose como exportadores (búsqueda de acceso a la exportación del guano, importación de mano de obra coolie, presión a través del estado) y/o como rentistas (especulación financiera, inmuebles, y en el ámbito andino, la organización de buena parte de la vida económica en torno a las contribuciones indígenas y rurales). Cuando no era más viable una rápida acumulación, y ante indicios de declinación se respondió con fuga de capitales, con transferencias a nombre extranjero (fue el caso de las plantaciones costeñas durante la Guerra del Pacífico), con la manipulación de las relaciones de poder (financiamiento y apoyo al candidato político de turno); y, en el sector rural-tradicional "autónomo", con la represión (presencia visible del estado a nivel local) y el refuerzo de las alianzas intraélite.³

Este tipo de respuestas están ampliamente documentadas, y remiten a la historia más reciente (siglos 19 y 20). Evidentemente hay hechos que atañen simultáneamente a todos (la guerra como crisis generalizada). Aún, aquí, empero, este tipo de crisis tiende a evidenciar comportamientos disímiles, en la me-

3. No es cierto que no existieran personas capaces de pensar desde el estado y fuera de él en alternativas de comportamiento económico. Las hubo. La pregunta que surge, empero, es porque una buena parte de inteligentes propuestas quedaron archivadas o no pudieron ser implementadas. Casi pareciera que la realidad misma se oponía a su implementación, cuando no eran derrocadas de manera inmediata en alguna junta parlamentaria salvaguardando los intereses de pequeños grupos de poder. La negación de la aplicación y su fracaso son componentes importantes de la imagen del estado. Una imagen que se desgasta en la percepción de los agentes históricos, y que en consecuencia perderá también su capacidad de convocatoria.

dida en que es posible percibir rupturas internas a lo largo de líneas étnicas y de clase en el marco de estas luchas "nacionales" (Bonilla, 1984; Hunefeldt, 1982). Sin embargo, y tal vez sintomáticamente tenemos desfases fundamentales de la crisis de acumulación (que no siempre coinciden con las crisis provocadas por las guerras), entre sector exportador y entorno andino. Si las fases de pérdida de acumulación no coinciden, es porque responden a otra dinámica. Los productos tradicionalmente andinos (a excepción de las lanas y tal vez la cochinilla) no están sometidos a precios internacionales y la tierra es un recurso difícil de exterminar. Los agentes sociales en los Andes no sintieron los períodos de expansión económica. (Ni siquiera de manera indirecta, como por ejemplo a través de la abolición del tributo hecho posible con las exportaciones guaneras, puesto que se siguió pagando la contribución "a manera de tributo"). Sabemos que ello fue así, pero no tenemos datos para demostrar con cifras los ritmos de crecimiento, diferenciando lo nacional de lo regional.

Desde la óptica de los exportadores, si era posible manejar el poder político no era necesario preocuparse demasiado por los precios internacionales, por pensar en una estrategia de desarrollo de más largo plazo, por reorientar hacia una dinámica más perdurable. ¿Para qué dar participación política a campesinos, y a integrantes del poder local, si las ganancias en el comercio exterior eran tan evidentes? ¿Por qué crear un estado desligado de los intereses de la clase dominante, si era útil que no fuera así? ¿Por qué integrar al espacio andino si unos estaban dispuestos a pagar tributos, y luego contribuciones y los otros se beneficiaban con su recolección? Y, desde el otro lado, tal vez el de las élites regionales, hay pocas evidencias de que quisieran participar. Lo cierto es que tenían la árdua tarea de mantener una situación de equilibrio en su propia esfera. Recurrieron al estado para buscar apoyo militar y ocupar puestos políticos, incluso a través del sistema electoral, mientras que la simple negociación por partidas presupuestales a nivel del departamento fue por lo general inexitosa.

Queda otro agente: las capas populares. Sólo marginalmente desde el ámbito campesino hubo participación en las exportaciones. Los casos conocidos más cercanos son el de las lanas y el café en el sur del país, el de la ganadería en áreas como Cajamarca y Andahuaylas. Y, aun ahí fueron estafados. De ello se encargaron los rescatistas de lanas, las casas comerciales, los enganchadores (también en la producción del café), los dirigentes políticos (valle de La Convención) y eventualmente los más ricos entre los pobres (arrendires y allegados).

Ante resistencias desde el lado campesino, las respuestas fueron la agresión física, la violencia policial, y en el mejor de los casos precios desfavorables. Los campesinos entendieron la capacidad de extorsión del argumento exportador. Rechazaron ocasionalmente consumir manufacturas británicas, el conteo de sus propiedades (de ahí el fracaso de la recaudación interna por la vía de impuestos de propiedad), se movilizaron en contra de las exacciones indebidas. Pero, ahí se cierra el círculo. Campesinos que protestan contra las exacciones de sus dominadores más inmediatos, no encuentran eco en el aparato judicial, tampoco —más allá de la retórica— en el gobierno. Ello, hasta el momento en que aparecen masivamente los "defensores de la raza explotada". Pero las *ganancias* pueden más. Como en el caso del indigenismo la voluntad de apoyo se vuelve literatura.

Las bases del proletariado exportador son evidentes. En el siglo 19 "los proletarios" de las islas ganeras fueron los coolies chinos y los presidiarios (1845-1873), los proletarios en la construcción de los ferrocarriles (1860-1920) y las haciendas azucareras (1845-1950) fueron los coolies, los enganchados, y algunos trabajadores libres, los del caucho (1890-1920) fueron los débiles al interior de los grupos tribales amazónicos, los de la minería —por lo menos hasta 1930— fueron los campesinos a medio camino hacia la proletarianización. Se inventaron de manera sin duda ingeniosas modalidades en el mercado de trabajo que correspondían a los vaivenes de las exportaciones; sistemas fáciles de deshacer cuando no eran más requeridos: los campesinos-mineros se quedaban en sus comunidades, los enganchados regresaban, y con la abolición de la esclavitud (los negros) y la semi-esclavitud (los coolies), incluso era posible lograr la fama de un abanderado del liberalismo con sentido humanitario.

No es sorprendente que por largo tiempo la lucha sindical fuera un elemento desconocido del panorama social. El salario de entonces no producía eslabonamientos de consumo, el salario de hoy vive el mito de generar divisas que nunca existen. Ayer como hoy la bandera del patriotismo resulta poco convincente. Y, ello ciertamente tiene que ver con lo que representa el estado y, es probable que esta percepción de incapacidad esté en las raíces del éxito de la política caudillista.

Es probable a fin de cuentas que todo este universo de situaciones sea atribuible al carácter exportador de nuestra economía. Los eslabonamientos (sobre todo los secundarios) no siempre son reconocibles de manera inmediata desde una evaluación económica. Dejan huellas más profundas. Por ello mismo

no podemos obviar los procesos en el sector "no moderno". Es indudable que también aquí estamos ante un complejo patrón de acumulación, diferente a aquel registrado por las crisis cíclicas del sector exportador, y con modalidades de articulación social interna propias.

EL OTRO PATRON DE ACUMULACION

Una visión desde el lado de las exportaciones conduce casi inevitablemente a una imagen de fracasos sucesivos y persistentes en cuanto a la gestión económica en su conjunto.

Frente a ello surge la pregunta ¿qué tan presentes o ausentes estuvieron los sectores populares? Hemos intentado detectar algunos comportamientos en el marco de las exportaciones. Pero, aquellos que no estuvieron ligados a las exportaciones, aquellos para los que justamente se enuncia explícitamente su marginación del proceso, ¿cómo vieron lo que sucedía, y cómo vivieron su propio desarrollo?

La tan debatida cosmovisión andina es un hecho sincrético, y por tanto sus resultados actuales son parte de un proceso acumulativo de confrontación. Y, uno de los espacios de confrontación más importante son los diferentes tipos de mercado. Una de las estrategias visibles del campesino andino es su ubicación simultánea en mercados (en el sentido capitalista) y *no* mercados. Será a partir de esta disyuntiva que se plasman sus decisiones económicas, su voluntad, posibilidad y/o conveniencia de participar o no. De por medio está la cuestión de la formación del mercado interno.

La interacción entre diferentes grupos sociales y situaciones de mercado y no mercado es un campo de negociación permanente. Cuando se acaba la negociación cotidiana registramos respuestas violentas, sobre todo en aquellos lugares de alta concentración campesina-indígena (1824-25; 1839-42; 1866; 1890-1930; 1950-1960; 1970) (Bertram, 1974). *Y, estos ciclos, que son ciclos de crisis representan claramente una cronología distinta a aquella registrada para las exportaciones.*

La lucha por la tierra es el meollo del accionar campesino. Representa su capacidad de resistencia al sistema de mercado capitalista, sobre todo, al mercado de trabajo y de bienes. Mientras su acceso a la tierra esté garantizado sus requerimientos frente a estos mercados disminuye. La comunidad se presen-

ta como un baluarte de defensa organizada socialmente. La pervivencia de la comunidad se explica por esta lucha mancomunada por la tierra, ya que los apetitos estuvieron presentes desde la Conquista.

Este mismo razonamiento también explica por qué el mercado de tierras en el ámbito campesino es y fue prácticamente inexistente. Desde los decretos bolivarianos, varios proyectos para generar un mercado de tierras fracasaron. Por una doble razón: las necesidades de fuerza de trabajo por parte de hacendados y obreros (en la medida en que el acceso a tierra era la garantía de permanencia y del pago del tributo), y la resistencia indígena. El resultado fue la rendición: el reconocimiento oficial de la comunidad en el periodo de Leguía y su posterior conversión en base social, política y económica de organizaciones agrarias mayores durante el mandato del general Velasco; lo que no impide reconocer que al interior de estas entidades desde muy atrás primara la propiedad individual de la tierra.

Las dificultades de crear un mercado laboral tal vez estén sintetizadas en la figura del enganche. Es el fenómeno que por algunos ha sido denominado como el proceso de transición en la formación de un mercado laboral capitalista, y que representaría la incorporación marginal de la sierra a la lógica exportadora a través de la fuerza de trabajo (Gonzales, 1985). Si embargo, cuando la transición perdura, cabe la pregunta: ¿transición hacia qué?

Una respuesta posible tiene que ver con el traslado de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo al espacio campesino en aras del bajo desarrollo y las fluctuaciones de la demanda. Si bien ello puede resultar cierto para el sector minero y su incorporación de fuerza de trabajo durante el siglo 19 (Contreras, 1987), ello no es válido para el sector azucarero, hacia fines del siglo 19 y comienzos del 20. Aquí la explicación tiene que ver más con la resistencia, los escasos requerimientos monetarios y la ideología que sustenta a la economía campesina (ver también Figueroa, 1988).

Y, esta dualidad del comportamiento campesino no pudo ser resuelta a través de una dinámica política. Sólo una mayor presión de los hacendados serranos para liberar mano de obra asestando golpes contundentes a la propiedad de la tierra, hubiera ayudado a liberar contingentes de mano de obra. Empero, ello significaba que los hacendados serranos tendrían que competir a nivel de salarios con los plantadores de la costa. Y, si se mantuvieron relaciones precapitalistas al interior de estas unidades productivas es porque no querían o no

podían pagar salarios que garantizaran la reproducción de una mano de obra libre (Favre, 1965; Mörner, 1973).

Las restricciones se extienden al mercado de bienes, en la medida en que contingentes importantes de mano de obra tienen acceso limitado a una eventual producción manufacturera e industrial, y en que sus aportes se restringen a trabajo artesanal y al suministro de productos de la canasta campesina. Fue necesario romper con los lazos monopólicos de comercialización encarnados por hacendados (que muchas veces también ocupaban puestos públicos) antes de que los sectores campesinos incursionaran con la venta de sus productos. Cronológicamente esta lucha se ubica, sobre todo, a comienzos del siglo 20.

Hasta hoy el porcentaje mayor de la ganancia pertenece a quienes comercializan, si bien ocasionalmente son los propios campesinos quienes lo hacen. En el siglo 18, y también a partir de la década del 30 del presente siglo la participación campesina fue mayor. En ambos casos fue resultado de luchas campesinas. A fines del siglo 18 esta protesta está representada por una serie de rebeliones campesinas, y lo mismo es cierto para la década del 20 y 30 del presente siglo.

Antes, más que hoy, paralelamente a los circuitos de mercado existían rutas y bienes de intercambio tradicional. No es fácil establecer una línea divisoria, ya que el recurso a una u otra forma de mercado varía en el tiempo, y representa una respuesta desde la economía campesina para escabullirse de las trampas del mercado (por ejemplo la inflación), sin renunciar a una variada canasta de consumo. Espacios temporales en los que esta flexibilidad del intercambio se expresa (y han sido analizados), son por una parte, mediados del siglo 17 (frente a la debacle minera) y en las décadas de caos posteriores a la independencia. Se enuncia como proceso de "ruralización" (Glave, 1983).

Seguramente esta flexibilidad (si pudiera medirse) disminuye en el transcurso del tiempo, en aras de que la orientación hacia el mercado puede acarrear el cierre al retorno para algunos, sobre todo, en un marco general (que se inicia hacia comienzos del siglo 18), en el que la presión demográfica aumenta, sin una adecuada adaptación de tecnología y sin cambios sustanciales en el patrón de tenencia de la tierra.

En términos más generales una rápida síntesis del comportamiento campesino demuestra mecanismos de sobrevivencia que en parte están determina-

dos por el entorno global de la economía, en parte responden a su propia lógica organizativa. Frente a la segregación étnica, una marginación y automarginación de los mecanismos de mercado, el acervo "inmemorial" de la lucha por la tierra, resulta casi evidente el encuadramiento en una ideología identificada como algo distinto.

Esta fue la realidad que tuvieron que enfrentar y manipular los detentores del poder local en el espacio andino. Parcialmente se identificaron con ella, también para explotarla mejor. La historia de este espacio no moderno es rica, en la medida en que describe formas peculiares de articulación social a partir de la cual se derivan varios patrones de acumulación.

La pieza débil —y la única que engarza al campesino al estado— es el tributo. Hasta por lo menos 1968 educación, salud, obras públicas casi no fueron parte de los presupuestos departamentales en el área andina. El tributo, hasta 1854 y la contribución hasta por lo menos 1930, para el indígena representaba la garantía del acceso a la tierra. Había, entonces, disposición a pagarlo a la vez que representaba un monto no demasiado grande de extorsión a la economía campesina. Así, con el respaldo del estado, los encargados de su recolección —primero los subdelegados, más adelante los gobernadores y subprefectos— tuvieron acceso al control de este dinero. Evidencias múltiples demuestran que este dinero —antes de ser entregado en las arcas fiscales— era utilizado de varias maneras por estos integrantes del poder local y regional. Representaba la base de su acumulación.

Fue utilizado para lograr intereses especulativos, en la medida en que se derivaba montos a terceros; fue el pretexto para —en caso de incumplimiento— exigir entrega de productos valorizados por debajo del valor de mercado y/o fuerza de trabajo para las propias unidades de producción; fue el mecanismo a través del cual se exigían lealtades políticas; fue el acceso a liquidez para negocios mercantiles en un medio donde la monetización era débil; fue la entrada al universo de las comunidades para acceder a la cotizada lana cuando esta era demandada por el mercado inglés. Ello explica varias situaciones, que a su vez describen la complejidad de las relaciones locales, y por qué desde el ámbito rural andino, las presiones sobre el estado fueron débiles. En suma, también fue el mecanismo de control social, y luego la base de la acumulación local. Diferentes prohibiciones de trabajo gratuito, de extorsiones, fueron letra muerta. En parte porque el estado no tuvo la fuerza de implementar y controlar, y en parte porque tampoco le convenía hacerlo. Es sintomático que el pro-

pio estado cerrara plumas y ojos ante las extorsiones locales cuando él mismo requería de los aportes (es el caso de las guerras: independencia, confederación, del Pacífico) y para enfrentar las revueltas campesinas. De ahí también su inercia, incluso cuando el propio estado se fortalece (a partir de 1895).

Era una situación conveniente para todos, y cuyos límites de extorsión estaban expresados en los levantamientos campesinos cuando dentro de una percepción de negociación permanente, éstos sentían que se había ido demasiado lejos. Los problemas de mano de obra en la costa podían ser solucionados de otra manera. El mercado internacional era más interesante y menos conflictivo que el mercado interno. La acumulación y el despojo en cuya base estaban las alianzas intraélite a nivel local fueron el punto de partida de expansión de las haciendas, de manera intensa a partir de la década del 90. Pero tierra sin mano de obra era de poco valor, y así la expansión territorial estuvo acompañada del reforzamiento de los lazos de dominación servil al interior de estas unidades de producción.

Es un sistema que tiende a reconcentrarse sobre sí mismo y explica una creciente marginación. La historia sería otra si a más tardar durante el auge guanero la presencia del estado hubiera sido efectiva en la cancelación del tributo, y la creación de impuestos a la propiedad como alternativa fiscal. Tal vez, ello hubiera implicado una reorientación del capital mercantil, tal vez la integración del mercado interno se hubiera logrado, haciendo también innecesaria por ejemplo la inmigración china. Hoy no estaríamos viendo ritmos de crecimiento tan marcadamente diferenciados, una estructura tributaria prácticamente inexistente, un terrorismo que avanza.

Esta es la *gran* trampa de las exportaciones. No podemos cambiar lo que pasó, pero tal vez sea importante tomar conciencia para encarar con decisión lo que sucede al interior del país. Ciertamente ello debería estar acompañado de una reformulación de las tareas hacia adentro del sector exportador. Traducido a términos prácticos no se trata de hacer que EE.UU. compre la coca, sino que pague precios más altos por los productos de la canata campesina. Sería una excelente oportunidad para devolver al campesino una ubicación en sus propios términos en el mercado internacional, romper con el narcotráfico, quitar la preeminencia de los exportadores a nivel del estado, hacer un ejercicio de desarrollo efectivo. Con ello se lograría los ingresos necesarios para encaminar una nueva ruta de desarrollo, más allá de atribuirle al estado la solución de todos los problemas políticos y sociales del país. La solución puede estar en

el mercado internacional, lo que resulta necesario es buscar la maximización de sus efectos sobre el espacio interno, si de lo que se trata es de elevar el nivel de vida. Para ello hay que pensar hoy en estrategias múltiples, porque los problemas tienen caras múltiples.

BIBLIOGRAFIA

ASSADOURIAN, Sempat (1982)

El sistema de la economía colonial: mercado interno, regiones y espacio económico (Lima: IEP).

BERTRAM, Geoffrey (1974)

New Thinking on the Peruvian Peasantry, Pacific Viewpoint (Wellington).

BONILLA, Heraclio (1984)

La Independencia en el Perú (2da. ed.) (Lima: IEP).

CONTRERAS, Carlos (1987)

Mineros y campesinos en los Andes (Lima: IEP)

FAVRE, Henri (1965)

La evolución y situación de las haciendas en la región de Huancavelica, Perú (Lima: IEP, serie mesas redondas)

FIGUEROA, Adolfo (1988)

Transformaciones en la agricultura de América Latina (Lima: PUC, Ensayos Teóricos Nro. 16).

FLORES GALINDO, Alberto (1987)

Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes (Lima: Instituto de Apoyo Agrario).

FLORESCANO, Enrique (comp.) (1985)

Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955 (México, Buenos Aires, Caracas: Ed. Nueva Imagen).

GLAVE, Luis Miguel y María Isabel REMY (1983)

Estructura Agraria y vida rural en una región andina: Ollantaytambo entre los siglos XVI y XIX. (Cusco: Bartolomé de las Casas).

GOOTENBERG, Paul (1982)

"The Social Origins of Protectionism and Free Trade in Nineteenth Century Lima", *Journal of Latin American Studies*: 14:2

GONZALES, Michael (1985)

Plantation Agriculture and Social Control in Northern Peru, 1880-1905, Latin American Monograph Nro. 62. (Austin: Texas).

HÜNEFELDT, Christine (1982)

Lucha por la tierra y protesta indígena: las comunidades del Perú entre Colonia y República (Bonn: BAS 9)

KADAR, Béla (1980)

Problems of Economic Growth in Latin America (Budapest/Londres: Kozgazdasági és Jogi Konyvkiadó).

KRIEDTE, Peter, Jürgen SCHLUMBOHM y Hans MEDICK (1986)

Industrialización antes de la industrialización (Barcelona: Ed. Crítica).

LARSON, Brooke (1988)

Colonialism and Agrarian Transformation in Bolivia, Cochabamba: 1550-1900.

MADDISON, Angus (1986)

Las fases del desarrollo capitalista: una historia económica cuantitativa (México: FCE).

MÖRNER, Magnus (1973)

"The Spanish American Hacienda: A Survey of Recent Research and Debate", *Hispanic American Historical Review*: 57.